

El oso, nuestro igual pero diferente

Las palabras del oso

“Oso”, la palabra proviene del antepasado común indoeuropeo “orks”, que en latín pasó a “ursus”, en griego “arktos” y en galés “arth”; de ahí el nombre del legendario rey Arturo. El alemán “Bär” y el inglés “bear” podrían proceder de “brun” [marrón], un apodo atribuido al oso. Para numerosos pueblos cazadores del hemisferio norte el nombre del oso es tabú y la gente procura no pronunciarlo, por respeto y por temor. En las lenguas eslavas la palabra para designar al oso está hecha a partir de perífrasis; el vocablo ruso “medved” equivale a “el que conoce la miel” y el oso también es llamado “negro”, “velludo” y “primo”. Para los lapones, es el “señor del bosque” o incluso el “señorito” y algunas tribus indoamericanas le dicen el “hijo del jefe” o el “hombre a cuatro patas”.

El primo del hombre

El aspecto antropomorfo del oso es indiscutible. Pintores, dibujantes, ilustradores y escultores han explotado durante mucho tiempo esta particularidad, representando el oso en multitud de situaciones humanas. El oso y el hombre tienen la misma postura, la misma silueta: posición vertical, régimen omnívoro, amamanta a sus crías sentado, anda con la planta del pie entera sobre el suelo – cosa inhabitual en los cuadrípedos–. Así, el oso se presenta como parejo al hombre, semejante en la diferencia. Los yavapai, de Arizona, consideran que sólo hay una cosa que nos diferencia: el oso no sabe hacer fuego.



El oso entre el paraíso y el infierno

El primer oso

Las especies contemporáneas de los úrsidos descienden todas del oso del Rosellón (*ursus ruscinensis*), del que se han encontrado vestigios en Perpignan que datan de hace unos 4.500.000 años, mientras que el oso de las cavernas se extinguió hace unos 12.000 años. Durante milenios, el hombre y el oso han compartido refugios y recursos alimenticios, una convivencia delicada. Con el oso siempre aparece la caverna que nos remite a la doble metáfora del mito de la caverna de Platón: la búsqueda de la verdad y la ilusión de los sentidos. Entrar en una cueva se corresponde al tránsito de un estado a otro. El oso nunca ha sido domesticado, solamente capturado y encerrado, o amaestrado con una cierta crueldad.

En 1988, dos espeleólogos descubrieron en el macizo de la Grande Chartreuse, en los Alpes, una cueva donde yacían 5.000 esqueletos de osos, de entre 24 y 45.000 años

de edad. Surgió una controversia entre arqueólogos, paleontólogos y folcloristas. Para algunos, esta caverna es la prueba de un culto prehistórico del oso; según otros, se trata de un cementerio de osos. Desde luego, hay muchos estudiosos que reconocen que el oso no es un animal como cualquier otro, sino que ocupa una posición intermedia entre el mundo animal, el humano y el divino. Pero pocos se atreverían a afirmar que haya existido una religión relacionada con el oso.

El rey oso

Ser el “rey de los animales” responde siempre al mismo criterio: la reputación de invencible. Además de una fuerza excepcional, el oso posee una enorme resistencia a la fatiga, el frío, la lluvia, la nieve... En América, el oso todavía comparte el título de “rey de los animales” con el águila. En Europa, hasta la Edad Media lo ostentaba el oso, hasta el momento en que la Iglesia prefirió atribuirlo a un animal más lejano, el león.



Los guerreros germanos hicieron de él un animal totémico, de modo que luchar con el oso y matarlo era un rito obligado para ser aceptado en el clan de los guerreros. Fue durante mucho tiempo el atributo de los reyes que a veces presumían de ascendencia osuna. Todavía es emblema del jefe del clan, atributo del poder e imagen de soberanía que, en el caso del rey Arturo, es único en esta fusión entre oso y hombre.

El oso y los santos

En la Biblia hay una sola alusión al oso. David lucha contra uno, cuando amenaza a una oveja (1 Samuel 17). Desde el siglo IV el oso está demonizado, como testimonia San Agustín en sus *Sermones sobre el Antiguo Testamento y los Evangelios*: “ursus est diabolus.” Se declara una guerra al oso que durará casi mil años y que lo condenará a la montaña. Esta guerra acaba en la derrota simbólica del oso frente a los santos. Jacques de Voragine relata en su *Leyenda dorada* (siglo XIII) la historia de San Martín: cuando al atravesar los Alpes un oso devora al burro del santo, éste interviene y convierte el oso en bestia de carga obligándole a transportar su equipaje hasta Roma. El monje doma al animal, la fuerza espiritual domina a la fuerza muscular. San Galo (560-645) es un ejemplo típico: quita una espina del pie de un oso, que en agradecimiento comparte la vida con el santo, obediéndole y ayudándole a construir su ermita.

Las ciudades del oso

En la heráldica, el oso simboliza valor, bravura, majestad. Más de 800 familias, por toda Europa, tienen un oso (o su cabeza o una pata) en su blasón. Asimismo, el oso figura en el escudo de numerosas ciudades, siendo las más conocidas Berlín, Berna, Madrid y Varsovia.

La habitación del oso

Literatura infantil

Desde el siglo XIX, el oso se introduce en la habitación de los niños hasta el punto de invadirla: literatura, cómics, peluches, ropa, muebles, juguetes, películas. El oso es la estrella incontestable de la literatura infantil, confirmada y reforzada por su aparición en la televisión y el cine. Pensemos en Baloo, Winnie the Pooh, Paddington y el oso Fozzie de los Teleñecos... Las fábulas de La Fontaine, los cuentos de Grimm y de Perrault son sus antepasados y León Tolstoi se alza como icono; su cuento de *Los tres osos y Ricitos de Oro*, que gira en torno a la cortesía y el respeto hacia los demás, es un clásico del género.

Peluches y coleccionismo

El oso de peluche cumple apenas un siglo y su historia está envuelta en polémica: americanos y alemanes se disputen la paternidad del oso de peluche. Sea como sea, su origen oficial y extraoficial se halla en la página de sucesos.

El presidente Theodore Roosevelt (1858-1919) estaba de caza en el Sur de los Estados Unidos, en Mississipi. Cuando capturaron un oso joven y lo ataron a un árbol, el presidente se negó a dispararle y declaró: "Si mato a este oseño, ya nunca más podré mirar a mis hijos a la cara." El 16 de noviembre de 1902 salió un artículo en el *Washington Star* con un dibujo de lo sucedido. Cuenta la historia que a Morris Mitchom, que llevaba una tienda de caramelos y juguetes en Nueva York, al enterarse por la prensa, se le ocurrió la idea de confeccionar un oseño de tela y en un arrebatado de genialidad pidió a Casa Blanca la autorización para bautizarlo Teddy, el diminutivo de Theodore. Se le concedió la autorización y el éxito fue inmediato: nació el *teddy bear*.

OLD BRITISH



BEARS

En Alemania, Margarete Steiff, afectada de poliomielitis y confinada en una silla de ruedas, fabricaba animales de paño. Inspirada por los dibujos de su sobrino, realizó un día de 1902 un oso de lana dotado de brazos y piernas articuladas. Al año siguiente lo presentó en la gran feria de Leipzig. Aunque la acogida en ese momento fue más bien tibia, se supone que un comerciante americano encargó una gran cantidad y que estos osos vendidos a EE UU serían el origen de la moda del *teddy bear*.

La afición al oso de peluche ocupa el tercer puesto entre los coleccionismos europeos, después de la filatelia y la numismática. Hay ferias, salones, mercados, tiendas y hasta museos; el primero de éstos, inaugurado en 1984, fue el Teddy Bear Museum en Petersfield (Inglaterra).